Fomento Social, vol. 42, nº 165, enero-marzo/1987, pp. 53-60

Atavismos ante la crisis

Por Román PERPIÑA y GRAU*

Es la fuerza del espíritu superior del hombre, con su poder de convicción de la verdad, la que en definitiva ordena toda la trama social. He aquí el fracaso de todo positivismo y materialismo de quienes se creyeron redentores de la humanidad desde la sociología de un Augusto Comte y de otros subsiguientes, desdeñando, como no "científico", todo sentido valorativo de la vida.

Hoy nos es ya evidente, constatable por todo el mundo, el predominio de la ideología del *homo oeconomicus,* traspasando y extendiéndose esa conducta creída propia del actuar económico y aplicada a todas las actividades y acciones del hombre. Insospechado hecho por muchos.

El hombre ya no es libre para elegir según principios. Este hecho se me reveló por un autor, que ahora no recuerdo quién, ya antes de 1920, dejó observado que los hombres ya no eran dueños de sus actos sino que eran conducidos por las ideologías imperantes. Luego, se ha desarrollado la técnica del mercadeo ("marketing" llamado), mediante la cual, el vendedor, actuando psicológicamente sobre nuestra voluntad, incita nuestras pasiones a decidirse a adquirir su ofrecida idea o mercancía.

El hombre ya no es libre; ha ido cediendo todas sus finalidades a un único objetivo, el económico, la riqueza, y para un único fin, su máximo goce. Los demás fines humanos quedan relegados.

No he hallado quién ni dónde se introdujo el término *Homo oeconomicus* pero sí quién explicó su concepto.

Fue el contemporáneo filósofo de la cultura Eduardo Spranger quien sintetizó sus características en su obra *Formas de Vida,* en la que capta seis tipos humanos; teorético, *económico,* estético, social, político y religioso (1).

Spranger dedica una veintena de páginas "a considerar el eterno motivo económico como función constante entre el sujeto y el mundo de las utilidades... el sujeto económico puro... evidencia siempre el mismo tipo mental", pero añade —y esto es importante—, universalizando el

---

* Premio Príncipe de Asturias (1981) en Ciencias Sociales y doctor h. c. por las Universidades de Valencia y Barcelona.

(1) SPRANGER, Ed. *Lebensformen.* Halle 1914. Spranger no emplea el término en latín en la 7.ª edición que poseo, 1930. En la versión castellana de Gómez de la Serna, éste traduce el alemán "hombre económico" por *homo oeconomicus.*

tipo, que "el motivo fundamental de utilidad puede observarse en los más distintos aspectos de la personalidad y su constitución íntima puede predominar... incluso en el *éthos* distintivo de la existencia total".

Bástenos aquí la caracterización general del tipo: "El hombre económico, en sentido universal, es aquel que en todas sus relaciones vitales antepone el valor de utilidad... todo lo considera como medio (lo útil, decimos, es un medio, un relativo) para la conservación vital, como objeto de lucha natural por la existencia (o, decimos, la sobreexistencia) y como condicente (fin) a la forma de vida agradable."

Démonos cuenta que Spranger (1882-1932) vive ya en ambiente en el que el utilitarismo había llegado a universalizarse y a ejercer un gran predominio, especialmente en la propia Europa. Tenía pues experiencia vivida y esto es lo que le permite resgistrarlo como *"éthos,* como manera de ser, de la existencia total".

Aunque la natural tendencia hacía lo útil ya fue registrada por Aristóteles, en su "moral a Nicómaco", como una de las categorías del ser, predominio es moderno desde hace, digamos, más de dos siglos. Fueron autores que la propugnaron y extendieron, como Locke y más cercanamente Hume, A. Smith, Bentham y su seguidor y crítico J. S. Mill; y quienes se propusieron —y en gran parte lograrón— transformar anteriores doctrinas y conductas de la sociedad, con argumentos histórico-empiristas que relevaban el propio interés humano con objetivo de utilidad personal y le hacían el motor del progreso material y origen de la felicidad humana. Utilitarismo que aun hoy, a pesar de críticas, persiste como único camino para soluciones a la crisis.

Pues bien, la persistencia del predominio del utilitarismo y del principio económico del propio interés (Hume, Smith...) se nos manifiesta hoy, como ejemplo internacional, en las ideologías que están presidiendo el trato, la estrategia de la crisis, por las llamadas "cumbres económicas" (2) que tomamos por significativas; si bien, *mutatis mutandis,* el fenómeno no es exclusivo y se halla vivo en otros ambientes, radicalmente materialistas y no deístas como en Occidente.

En esas Cumbres su objetivo no ha variado en sus ya diez años de existencia. Dominar la crisis (para ellos, sólo económica) para recobrar el progreso económico, con el bien entendido razonamiento; "si nosotros prosperamos, prosperará todo el mundo", que reposa, evidentemente, en el sofisma de "la mano invisible" de Adam Smith.

¿Cuál ha sido el resultado del decenio de reuniones de esas Cumbres, calificadas por la sesuda y humorística revista londinense "The Economist", en cuya portada, hace siete años, ante la tercera cumbre en Londres, las tituló: "The Directorate of the Rich?

---

(2) Encuentros anuales desde 1975 (ya en plena crisis), de siete Jefes de Estado y Presidentes de Gobierno de los siete países más industrializados, reunidos sucesivamente en sitios de Francia, E.U.A., Gran Bretaña, Alemania Federal, Italia, Japón, Canadá, Londres, etc.

En nuestro anterior artículo "¿Crisis económica mundial?" (3) luego de enunciar en cinco apartados las causas de su fracaso, sintetizábamos: Las cumbres han estado presididas por un gran atavismo mental, por una inercia ideológica persistente en creer que el mundo tiende hacia un creciente, indefinido y único progreso material, empírico y sensible.

Examinamos, ahora, el hondo concepto encerrado en esta palabra *atavismo.*

Veamos, ante todo su etimología. No por vulgar placer de erudición sino porque nos abre la comprensión de la voz y justifica su preciso empleo.

Atavismo tiene un origen culto. Proviene de la voz latina *atavus, atavia* = cuarto(a) abuelo(a) o, digamos, retatarabuelo(a). Dice, pues, persona que sigue pensando y actuando como en lejanos tiempos. Oséase, en muestro caso viviendo, aceptando las ideologías cristalizadas de sus antepasados en el siglo XVIII; las, entonces, nuevas filosofías del siglo llamado de las luces.

La atribución de atavismo, hace, pues, referencia a unas ideologías, a unas maneras de ser, de pensar y/o de obrar que se creen aún vigentes cuando ya presentan claros signos de hacerse obsoletas por pruebas evidentes de su ineficacia. Atavismo no hace referencia, pues, a grandes y fundamentales principios, en cuyo caso el término adecuado sería dogmatismo. Se refiere solamente a doctrinas de hecho, puramente pragmáticas, vulgarizadas desde hace algunas generaciones, que no otra altura tuvieron las del interés personal utilitarista, creído único propulsor del progreso material.

Este es nuestro caso. En el XVIII cristalizaron una constelación de ideas que rompieron la cohesión de muchas mentes y gentes a una constelación hasta entonces predominante, en la que —con todos los humamos desvaríos—, se mantenía una dependencia del pensar y del obrar humanos a la ley natural impresa, innata en el hombre entero. La nueva constelación, independizó la mente humana de toda referencia exterior, hizo autónoma su conciencia, y pasó al estado, a sus leyes, la ordenación de la conducta moral y social del hombre.

De otra parte, la nueva constelación de ideologías, tendió a transformar toda finalidad humana en ansia ilimitada y preponderante de poseer y de gozar; para cuyo objetivo la "nueva" concepción del hombre, justificada con sofismas historicistas, no tenía más límites que la sujeción a leyes humanas. Era, partiendo de Gran Bretaña, la concepción de una prepotente sociedad comercial. Ninguna referencia eficaz se hacía a la familia; todo giraba en el entorno del individuo. Hasta las estadísticas de población fueron eliminando los recuentos por hogares. Solamente, entrado el XIX la demografía analizó fenómenos de cohortes.

---

(3) Revista de "Fomento Social", núm. 154, abril-junio 1984, pp. 177-189.

Predominio utilitarista

No es, pues, de extrañar que en la gran zona del mundo, que posee las condiciones naturales más propicias para el progreso económico, la península Europea, con numerosos puertos-puertas en festoneadas costas, con trastierras llanas, quedos ríos navegables, climas vivibles, y suelos buenos, subsuelo con mucha y buena energía carbonífera y variados minerales etc. Más tarde, en zonas muy propicias para alta prosperidad y densa población, p. e., en el Norte de América, se dieron similares condiciones y no es de extrañar, decimos, que allí, en Europa, surgieran autores que, basándose empírica y solamente en la observación del obrar humano occidental, absolutizasen la tendencia del obrar humano con dominante objetivo del propio interés, y elaborasen, adecuada a su medio, la doctrina utilitarista basada exclusivamente en el egoísmo material humano; doctrina, además, tan propicia para su recepción en ámbito de desarrollo del comercio y de la industria.

Epoca aquella, entonces destacadamente europea, en la que toda la vida social relucía por el éxito económico, iniciado especialmente en Inglaterra, con el modelo de sociedad que llegó a calificarse de "Trade Land", de país cuya sociedad ha estado regida por la gran prevalecencia del espíritu comercial. Recordemos que no en vano decía Lord Palmersten hace ya un siglo, que "Britania no tiene ni amigos ni enemigos, sino solamente intereses", reflejando un claro aforismo por las doctrinas utilitarias.

Constatamos, pues, que esa transformación de mentes y costumbres era objetivamente lógica por las filosofías que, arrancando del Renacimiento, se habían desplazado hacia el exclusivismo del método experimental —adecuado desde luego a las ciencias naturales—, aplicándolo también a todo conocer del hombre y de la sociedad, acompañadas de la "filosofía natural" que rechazaba para el conocer, todo principio exterior y trascendente del hombre y le dejaba autónomo con su razón natural.

Esta constelación de ideas que tanto se adecuaba a la conducta económica de creación y desarrollo de riqueza: libertad de operar, poder del dinero, goce de la vida, propio interés, objetivo prevalente de utilidad, máxima satisfacción de necesidades crecientes, facilitado todo por el evidente progreso económico, recibió incluso una especie de bendición moral mediante el célebre gran sofisma del padre de la economía, Adam Smith: "Así como el propio interés y las pasiones individuales disponen al hombre a dedicarse en aquellos quehaceres que, generalmente, son los más ventajosos para la sociedad, así también cada uno no piensa que promueva el bien común, ni tan sólo conoce hasta qué punto lo promueve; pero *existe una mano invisible* que hace que el propio interés redunde en bien general." O seáse: obremos según lo que más nos convenga, aquí y ahora, puesto que una mano invisible convertirá nuestro egoísmo, en bien de los demás "individuos". Y así pareció que pasaba en esa Europa confiada en el indefinido y generalizado progreso.

Pero en el optimismo sin razonarlo de Smith, hay algo más. Ese actuar adecuado al hombre económico, encierra una sutileza muy trascendente: Smith (y quienes pertenecían a su adoptada constelación de ideas) no hace referencia tan sólo al hombre económico sino que es evidente que generaliza la actitud económica ante la vida. He aquí la universalización que Spranger descubre en el predominio del actuar con fin exclusivo de propia utilidad.

Ya no estamos, pues, solamente ante el actuar económico, ante una doctrina adecuada al campo, al conducirse económico, sino ante una ideología para el actuar de todo hombre por la que desaparecen, prácticamente, todas las demás funciones y finalidades humanas. He aquí la absolutización para todo actuar, para toda conducta humana, de lo que hoy el economista Guillermo Röpke llamó, ya en los 60, el "economismo", como fenómeno característico de lo que expresa el título de su obra "La crisis de la sociedad actual", hoy popularizada con el nombre de consumismo.

El radical egoísmo —ese anhelo natural, que el hombre tiene que templar— campea hoy como si fuera el único "natural" principio y el único motor del vivir, de todo hombre, de toda mujer, de todo quehacer en todo estamento.

No es, pues, de extrañar la aceptación del concepto hobberiano del hombre como ser prevalentemente agresivo, como lobo, transmitido también por varios autores desde el XVII, a la actualidad. La vida se reduce, pues, a la lucha animal de intereses, utilidades, apetitos, despreciando todo principio de convivencia humana que las leyes humanas son ya imposibles de suscitar.

Y aquí se nos aparece una nueva consecuencia. Este espíritu radicalizado del propio interés, por su generalización, impregna también e informa a las conductas propias de cada una de las otras cuatro estructuras de las comunidades humanas. Todo es defensa de los propios intereses, se clama y se reclama por la titulada justicia de cada así aislada función o estamento, se impone la política y la sociedad de cada propugnada concepción redentora y se terrestraliza la misión espiritul de toda religión. La mutua agresividad se hace norma de conducta.

Mas hoy en día, ante el lógico resultado caótico del seguimiento de tal constelación de ideologías y ante el evidente desconcierto en hallar soluciones a los problemas y conflictos humanos y de la sociedad, el análisis crítico de la situación se va dando cuenta de la originaria superficialidad de esas llamémoslas filosofías naturales basadas únicamente en argumentaciones empírico-historicistas y de que la constelación que quiso transformar, renovar al mundo, no fue más que para cambiar su vestido exterior, para ponerle nuevos hábitos, para habituarle a sus nuevas ideas y comportamientos; o séase para ataviar exteriormente al hombre. Hoy el mundo aún se resiste ante esta crisis del humano vivir en aceptar la necesidad de despojarse de su atavismo, para darse cuenta de que el hombre no es un cuerpo puramente material sino que tiene otras facultades

superiores en el interior de sus vestidos, de sus cristalizados, atávicos hábitos exteriores.

Ahora, dejando aparte el concepto del hombre, pero reflejándolo, constatemos que la sociedad, que toda comunidad humana, tiene otros objetivos que los económicos y otros fines muy superiores que el radical egoísmo.

Cinco estructuras

En nuestro artículo referido (nota 3) enunciábamos que la sociedad está básicamente integrada por cinco estructuras, resultado de las funciones en cinco campos de nuestras necesidades radicales.

Dejádmelas sistematizar ahora desde su primigenia manifestación; desde el nacimiento, desde la niñez de todo ser humano, salvaje, primitivo o de la actual civilización:

- Necesidad de *subsistir,* cuando al nacer, todo bebé busca afanoso el pecho o bien, ahora, el pezón artificial, saciándose de leche.
- Necesidad de *defensa* o manifestación del propio yo, cuando el nene sañudamente se agarra a cualquier cosa y protesta de que se la quiten.
- Necesidad de *justicia,* cuando el infante la reclama de sus padres al jugar con otros, que se aprovechan de él.
- Necesidad de *política y sociabilidad,* cuando los mismos niños inocentemente se ordenan sus juegos o cuando uno o dos de ellos se ponen a conducirlos y son aceptados espontáneamente por los demás; o cuando riñen y se someten a la autoridad de sus padres.
- Necesidad de *espiritualidad*, manifestada por la pronta espontaneidad para oír cuentos, hacer oraciones y, más tarde, solazarse con lecturas infantiles.

Obsérvese que estas cinco estructuras radicales van ordenadas valorativamente: de lo material (primero y generativo, en espacio y tiempo) a lo espiritual (último); e, inversamente, de lo espiritual (o vía de lo supremo o perfección) a lo material (inferior e imperfecto).

Clasificación hoy despreciada o no comprendida, por la actual subversión de valores que absolutiza lo material.

La coexistencia de estas cinco evidentes necesidades radicales, y, esencialmente, la de justicia y la de espiritualidad —las que más revelan y requieren la noción del bien y del mal— hace, pues, fútil por incompleta y sofística, toda doctrina materialístico-animal del hombre con atrayentes argumentos de evolucionismo pseudohistórico.

Estas necesidades radicales de las que se originan, por sus funciones, las estructuras básicas de toda civilización —desde las primitivas a las modernas— se hallan informadas por la clase de cultura de cada ambiente. Dependen, pues, en su funcionar, de su hacerse, del sentido

de la sanidad, cultura física, de las artes, de la literatura, de las ciencias, de la filosofía y de la teología de cada cultura. Ordenadas también por la doble e inversa valoración de las estructuras, pero dependen fundamentalmente del ser, no histórico, sino radical, universal del hombre.

Cierto que cada campo estructural de necesidades radicales —desmenuzado en multitud de otras de la misma especie, cada vez menos necesarias—, tiene sus normas y técnicas; empero, ninguna de ellas puede predominar decisivamente, puesto que descompondría el todo.

Pues bien; esta condición íntima de todo ser o cuerpo social por la que tiende a producir el equilibrio interestructural, se nos manifiesta ya en lo material, en toda construcción, en todo edificio, en el que sus partes integrantes o elementos constitutivos conceden de sus potencias, dando por resultado, la armonía, la belleza, y la seguridad de la obra y de su conjunto. Así acaece más sustancialmente en el ser y existir armónico de la persona, del hogar, de toda comunidad humana.

En cambio —y a esto queríamos llegar—, cuando como hoy en día cada estructura —o dentro de ella alguno de sus elementos o factores—, quiere y lucha por predominar, aparecen las tensiones sociales interiores, preludio de revoluciones y, si exteriores, de guerras en las que, sea quien sea el triunfador, descomponen la armonía humana por plazos a veces muy largos, en perjuicio de todos. No hay, pues, justificación para las llamadas teorías incitadoras de revoluciones.

Es la fuerza del espíritu superior del hombre, con su poder de convicción de la verdad, la que en definitiva ordena todo el orden social. He aquí el fracaso de todo positivismo y materialismo de quienes se creyeron redentores de la humanidad desde, digamos para los tiempos modernos, la sociología, presuntamente ciencia exacta, de un Augusto Comte y de otros subsiguientes, desdeñando —como no "científico"— todo sentido valorativo de la vida. Se parte de un concepto empírico-apriorístico del hombre y de la sociedad, con argumentos conducentes a demostrar un objetivo redentor, incluso en apariencias de espiritualidad. ¡Qué ridícula aparece esa llamada religión laica y sus ritos —calcados grotescamente del cristianismo—, considerada necesaria por Comte!

Existen, empero, constelaciones de doctrinas no periclitadas que han persistido. Citemos tan sólo los artículos de un periódico —tan "neutral"— como *Le Monde* (5 y 6 julio 1984) titulados "Los católicos tentados por la tradición", donde tradición no es atavismo sino doctrina esencial del espíritu humano. Se trata, pues, de esa quinta estructura de toda comunidad humana, no informada por el materialismo dominante en el Occidente deísta y en el Oriente ateo, sino por el espíritu revestido por los permanentes hábitos de la verdad, de la belleza y del bien. Estas fuerzas trascendentales son las únicas que pueden vencer el positivismo y el utilitarismo envolventes y origen de esa constelación de ideologías que rige aún los pretendidos caminos de soluciones a la crisis.

Esta es la gran labor de nuestro tiempo. Hacer ver que el "econo-

mismo", por definición, como único objetivo humano, no puede solucionar, por sus atavismos, la crisis en las relaciones internacionales y, de ellas, las cada vez más agravadas relaciones Norte-Sur, que aquí no hay espacio para tratar.

Hay que reconocer y convencer que en la subversión de valores hoy imperante está el tremendo error del atavismo de los "grandes" que está destruyendo la única vía hacia la armonía comunitaria mundial.

No es vana nuestra posición crítico-filosófica frente a la praxis actual. Los "filósofos" del siglo de las luces, nos deslumbraron y nos han traído la actual obscuridad, luego de la gran llamarada de postguerra, supuesto de un continuo, creciente e indefinido progreso material.